UNA PERÍFRASIS MUY BREVE

*Mauricio López Noriega**

Una tarde muy caliente en Monterrey lo cargaron hasta el techo; él podía mirar la ciudad desde lo alto. Humaredas en el cielo. Después de un rato oscureció, pero no se encendieron las luces. Los otros bajaron y se llevaron consigo las botellas. Lucha y él podían escucharlos debajo del balcón. Lucha estaba fría y fresca en la noche caliente; se sentó sobre la cama.

Durante tres meses, Lucha siguió con guardias nocturnas. A ellos les alegraba darle chance; cuando lo operaron, ella lo preparó para el quirófano; bromearon sobre un amigo o un enemigo. Él cayó bajo los anestésicos manteniendo el control de sí mismo, para no revelar nada durante ese tonto instante parlanchín. Antes de andar en muletas, solía tomarse la medicina, de manera que Lucha no tuviera que levantarse de la cama. Sólo había algunos pacientes y todos sabían. Todos querían a Lucha. Mientras regresaba caminando por las salas pensó en Lucha sobre su cama.

Antes de que él se reincorporara al cartel fueron a la Catedral y rezaron. Estaba tranquilo, a media luz, había otras personas orando. Querían casarse, pero no había tiempo suficiente para que se corrieran las amonestaciones y ninguno de los dos tenía acta de nacimiento. Sentían como si estuvieran casados, pero querían que todos lo supieran, y hacerlo de forma tal, que nadie dejara de enterarse.

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

Lucha le escribió muchos correos electrónicos que él nunca pudo leer antes de las elecciones; de golpe entraron quince a su buzón y los leyó de un tirón, completamente. Todos hablaban del hospital, y de cuánto lo amaba y cuán imposible era vivir sin él y de qué terrible era extrañarlo por la noche.

Después de las elecciones convinieron en que él se iría a Chicago y encontraría trabajo para que se pudieran casar; Lucha no lo alcanzaría hasta que tuviera una buena chamba y pudiera ir a recogerla a Nuevo Laredo. Se entendía que él no bebería y que no querría ver a sus amigos ni a nadie en el Gabacho: sólo encontrar chamba y casarse. En la terminal de autobuses discutieron, porque ella no decidió irse con él de una vez. Cuando hubo que decirse adiós en Autobuses del Noreste, se dieron un beso, pero no concluyeron el altercado. Él se sintió mal por decir adiós así.

Llegó a Chicago en autobús desde Laredo. Lucha regresó a Saltillo para abrir una clínica. Era solitario allá, y muy frío, y había un comando de Los Zetas apostado en la ciudad. Viviendo en esa polvorienta y gélida ciudad en invierno, el jefe de plaza se tiró a Lucha, que nunca antes había estado con un zeta, y finalmente escribió a los Estados Unidos que lo suyo había sido simplemente una tontería de muchachos; lo sentía y sabía que él, probablemente, no sería capaz de entenderla, pero quizá un día la perdonaría, y le agradecería, y esperaba —de manera completamente inesperada—, casarse en primavera. Lo quería como siempre, pero ahora se daba cuenta de que había sido sólo un amor de juventud. Tenía la esperanza de que triunfaría, creía en él totalmente. Sabía que todo sería para bien.

El jefe de plaza no se casó con ella, ni en primavera ni nunca. Lucha jamás recibió respuesta al mail que envió a Chicago. Poco tiempo después, una vendedora lo contagió de gonorrea mientras iban en un taxi a lo largo de Lincoln Park.